

A man with a beard and short hair, wearing a dark patterned suit jacket, a light blue shirt, and a dark tie, looks intensely at the camera. He is embracing a woman from behind. She has long brown hair and is wearing a black, sequined, backless dress. They are standing in a dark, ornate room with gold-colored decorative elements. The overall mood is romantic and sophisticated.

Mr Lyon

Noah Evans

Claudia sigue el consejo de una amiga y se alista en una agencia de *Au pair*. Enseguida recibe la oferta de una peculiar familia para cuidar a las gemelas Lyon. Es la quinta *au pair* en tan solo dos meses y desconoce la razón por la que todas las jóvenes son despedidas tan rápido. En cuanto llega a la mansión familiar y conoce a Mr. Lyon, puede hacerse una idea de por qué ninguna niñera permanece allí mucho tiempo. Christopher Lyon es un exitoso arquitecto al que le sobran propuestas de trabajo y amorosas. Desde su divorcio tiene la custodia de sus gemelas, pero debido a su modo de vida, decide recurrir a una agencia de *au pair* para cuidarlas. Sin embargo su rectitud en cuanto a las normas, y su obsesión por el orden y el control, unidas a otras particularidades del señor de la casa, hacen que las jóvenes no tarden en marcharse de allí por no estar a la altura de las exigencias de la familia. Con una exmujer que no deja de sobornarlo para exigir dinero, una novia obsesionada con ser la próxima señora Lyon, y después de cuatro cuidadoras fallidas, llega Claudia, la nueva niñera, como última opción antes de internar a sus hijas en un colegio. Una joven no muy seguidora de reglas con las que no esté de acuerdo y con un carácter un tanto incompatible con el patrón familiar que se le intenta imponer.

Prólogo

Chateaba con sus amigas mientras esperaba su turno en la agencia de Au Pair. Victoria y Natalia siempre andaban ocupadas y no se entretenían en escribir, enviaban audios y no le gustaba accionarlos con gente alrededor, no se fiaba de lo que podrían decir. Mayte era la que la había convencido de que se apuntara en la agencia, ella ya estaba en Londres con una familia. La dueña de la empresa era la tía de Mayte, supuso que eso tenía algo que ver en que no se hubiesen demorado en llamarla tan rápido a pesar de que el curso escolar ya estuviese empezado.

—A ver dónde te meten —le decía Vicky.

Vicky era la única que no le recomendaba ir. Ella tenía una forma diferente de ver las cosas. Quizás porque ella venía de una familia más que acomodada. Su padre había montado un imperio en el campo de la odontología y tenía más de cuarenta clínicas por el país. Como una de las tres herederas del gran imperio, no se molestaba mucho por conseguir trabajo.

Cuatro amigas, la facultad de Ciencias de la información las habían unido. Pero Mayte y Claudia no tuvieron suerte, ni dinero para hacer un buen Master, y solo les quedaba la agencia de Au pair para perfeccionar el inglés y ampliar sus estudios en el extranjero.

Natalia era la más independiente de todas. No tenía el dinero de Vicky pero una mente brillante la había llevado a hacer la especialidad que quería, el periodismo de investigación. Había pasado por Reino Unido, Francia y Alemania,

aún le quedaban más países que recorrer antes de regresar a España. Claudia no tenía dudas de que su intrépida amiga no tardaría en encontrar una productora y hacerse un hueco a patadas. Como amante de los casos sin resolver y seguidora de las teorías de la conspiración más asombrosas, le había advertido de la cantidad de niñeras que habían desaparecido en extrañas circunstancias. Y sobre ello bromeaban en el chat.

—Si Claudia desaparece tendrás tu primer gran caso —le respondía Mayte a Natalia—. Mira el lado positivo.

—Ya está «La Fatalé» buscando donde no hay —le reprochaba Vicky a Natalia.

—No me pongáis más nerviosa —les respondía Claudia.

Levantó la cabeza de la pantalla del móvil cuando oyó su nombre. Le tocaba. En solo una semana le habían encontrado familia todo un récord. Guardó el móvil y entró en el despacho.

Una señora con gafas que caían casi en la punta de su pequeña nariz, la invitó a sentarse.

«Claudia Luque» buscaba entre las numerosas carpetas de la mesa. —Aquí estás.

Abrió una carpeta de cartulina amarilla. Se recolocó las gafas y se puso la carpeta delante.

—La familia Lyon —la mujer frunció el ceño. Claudia esperaba paciente a que añadiera algo más. La mujer parecía contrariada—. Eres la quinta au pair en lo que llevamos de año.

Claudia alzó las cejas.

—Desconocía que habían vuelto a solicitar una nueva niñera —continuó la mujer.

Pasó las hojas del archivo.

—Viven a las afueras de Londres —decía la mujer ya dirigiendo su mirada hacia ella—. Dos gemelas de siete años. Padres divorciados, la custodia la tiene el señor Lyon. Londres está bien conectado, no tendrás problemas para desplazarte a clase.

Claudia negó con la cabeza. Llevaba meses en paro, no encontraba trabajo fijo en ninguna parte. En los últimos meses, desde que acabó su trabajo de becaria, había sido telefonista, cajera, camarera, repartidora de publicidad y vendedora de telefonía móvil. Ninguno de sus empleos le duró más de un par de meses. Estaba ya harta de su situación laboral, necesitaba un cambio de ambiente, el que fuese. Nada la ataba a Madrid, así que estaba decidida.

—Has tenido suerte —la animó la mujer.

Ya veo. La misma suerte que las cuatro au pair anteriores, seguro que sí.

—Solo dos niñas y una casa enorme, estarás de maravilla —añadió la mujer—. Niñas en escuela bilingüe inglés español, será muy fácil.

Claudia, que miraba el archivo donde la mujer intentaba esconder los expedientes de las anteriores niñeras, levantó la vista hacia la empleada de la agencia.

Me está intentando vender la moto, por eso sonrío. Al final va a tener razón La Fatalé de Natalia y van a ser gente chungo o algo.

—Los Lyon viven en una mansión antigua en las afueras de Londres, piscina climatizada, personal de servicio... —continuó esperando que a Claudia le agradara oír aquello.

Pero chungos que deben ser, sí.

No hizo ningún gesto de agrado. La mujer cerró el expediente.

—No hace falta hacerte ningún tipo de entrevista porque la sobrina de Raquel nos ha hablado muy bien de ti. Así que por nuestra parte estaría todo arreglado —miró a Claudia con interés—. Bien, Claudia, ¿quieres cuidar a las gemelas Lyon? —le preguntó al comprobar que una casa enorme y dos niñas al parecer encantadoras no eran suficiente para impresionarla.

Estoy en paro, vivo de garrapata de mis padres y sin ningún proyecto de futuro a corto plazo, claro que voy a ir.

Como dice Vicky, a las malas, seré el primer gran caso de Natalia Fatalé.

Claudia asintió y la mujer pareció complacida. En seguida le preparó los papeles para firmar.

Menudo peso que se acaba de quitar de encima. Esta familia debe de ser un regalo.

Claudia Observó cómo la señora guardaba su contrato con sumo cuidado dentro de la carpeta de cartulina.

¿Qué es lo que no quieres que vea? ¿Las antiguas au pair?

—En tres días recibirás en tu correo electrónico el billete de avión —le dijo en cuanto tuvo los papeles firmados—. Cualquier cosa tienes mi correo —le tendió una tarjeta.

Claudia salió de la agencia móvil en mano. Esta vez fue ella la que envió el audio.

—Ya está hecho, en unos días estaré en Londres —les dijo.

—En Londres, conmigo —Mayte puso varios emoticonos.

—Dice que soy la quinta au pair en lo que va de año con los Lyon —les envió.

—¿Lyon? Voy a investigar a ver qué averiguo —decía Mayte.

—¿Has preguntado el por qué? —preguntaba la curiosa Vicky.

—Hay chicas muy tontas, lo dice siempre mi tía —intervení Mayte—, el problema no tiene porqué ser de ellos.

—No he preguntado nada, y la mujer se ha tomado gran molestia en no permitirme ver nada de la carpeta.

—A ver si te van a meter en un zulo lleno de mierda —decía Vicky.

—Dice que es una casa amplia en las afueras de Londres —contestó Claudia, que ya bajaba a la estación de metro.

—Pufff, una casa en las afueras, la de la agencia escondiendo material... tía, a ver si a las anteriores les pasó algo

chungo —ya estaba Natalia tardando demasiado en ver el lado oscuro de la situación.

—Natalia, sigue leyendo las crónicas de sucesos y déjanos que esto está interesante —le reprochaba Vicky.

—¿Interesante? Van a meter a tu amiga en una familia de raros y te parece interesante —se defendía Natalia.

—Mayte, averigua de ellos. A ver por qué no le duran las niñeras —Vicky ignoró a Natalia.

—Ok.

—Yo hubiese dicho que no.

—Natalia, vaya ánimo que le estás dando.

—Mejor que enviarla al matadero.

—Seguro que son psicópatas, sí.

—No tienes ni idea de la cantidad de casos que hay, en todo el mundo. Au pair desaparecidas, violadas, puffff. Hice un trabajo sobre ello y la mayoría de casos no llegaron a resolverse, pero todo apuntaban al señor de la casa o a su mujer por celos.

—Echad a Natalia del grupo, por favor.

—Dejadlo ya —grababa Claudia—. La verdad es que me da igual el por qué se fueron las otras. Necesito un cambio. No me llaman ni para hacer entrevistas, es para coger una depresión. Estoy al borde de entrar en un bucle de mierda.

—¿Os acordáis de Magdalena? La han fichado para deportes.

—Le han rentado las tetas de goma.

—Eso lo imaginaba yo. Con lo torpe que era en clase y tiene un expediente mediocre.

—Si la última asignatura la aprobaron en la convocatoria de gracia.

—Pues ya la verás por televisión.

—Sois fantásticas para levantar el ánimo, en serio —se montaba en el metro.

—Vicky, ¿me tiene ya tu hermano al perro? —Preguntaba Natalia. Claudia añadió emoticonos.

—Lo oí decir que le había entrado un Malamute que era tan cabrón como tú. Así que creo que sí.

Mayte añadió más emoticonos.

—¿Tuviste algo con su hermano? Eso no lo has contado.

—No tuvo nada —decía Vicky—. No la dejo acercarse a ninguno de mis hermanos.

—No soy tan terrible...

—No te llamamos La Fatalé solo por tus malos augurios.

Claudia rompió en carcajadas y los que la rodeaban en el metro la miraron como si estuviese loca.

—Va a entrenarte al perro, pero ni se te ocurra echarle ni siquiera el rabillo del ojo a mi hermano.

Claudia conocía bien a los gemelos hermanos de Vicky. Uno entrenador personal, regentaba su propio gimnasio, el otro se dedicaba a entrenar perros para la policía y no mucho tiempo atrás había comenzado con un proyecto nuevo, un programa de perros para acompañar y defender a mujeres víctimas de violencia de género. Natalia quería un perro de defensa personal, pero para acompañarla en sus proyectos profesionales. Y conociendo a Natalia y su obsesión por el periodismo de investigación, Claudia estaba convencida de que su amiga lo necesitaría.

—Sabes que solo me interesa el perro —se defendió Natalia.

Natalia era guapa, una belleza exótica y atrayente que tenía gran éxito entre los hombres, incluidos los guapos gemelos hermanos de Vicky. Pero con ella los hombres nunca salían bien parados.

Claudia suspiró. Las cuatro amigas eran tan diferentes que ni siquiera sabía cómo habían llegado a tener tal unión. Se escribían prácticamente a diario a pesar de estar cada una a kilómetros de distancia. Ahora ella se reuniría con Mayte.

Desconocía cómo sería su vida en tan solo unos días después. Le producía cierto nerviosismo caminar hacia lo desconocido. Unas gemelas, el señor de la casa, el cambio

de cultura y costumbres, sumado a su dificultad en cuanto a cumplir normas y adaptarse a lo diferente, razón por la que nunca solía durar en los trabajos y acababa a voces con el encargado de turno.

Cogió aire por la boca y resopló. En cuanto llegara a casa comenzaría a preparar las maletas. Mayte solía hablarle del clima de Londres, nublado perenne.

Ahora que repasaba la escueta conversación con la empleada de la agencia se lamentó de no haber preguntado la razón por la que las chicas no duraban en la familia Lyon. Pero últimamente andaba lenta en todo, notaba cómo su situación laboral estaba traspasando de su vida profesional a la personal, convirtiéndola en una persona que no reconocía.

Esperaba durar con los Lyon al menos hasta final de año.

1

Tenía la dirección de los Lyon en un archivo del móvil, fue lo que le enseñó al taxista del aeropuerto. No llevaba más de media hora en Londres y ya había notado el cambio en la humedad del clima. A través del cristal notó cómo el taxi se alejaba de la afluencia de coches y tomó un camino tranquilo rodeado de árboles.

Cerca de la mansión Lyon había comprobado que tenía una parada de autobús que la llevaría a la ciudad, según Google Maps. Mayte ya se había encargado de matricularla en las clases de inglés para perfeccionar el idioma donde ella misma acudía junto al resto de au pair de la agencia.

En Madrid acostumbraba a moverse en transporte público, bicicleta o patines. La bici no le cabía en la maleta, pero sí que llevaba sus patines de línea, una afición que conservó desde la infancia y que le proporcionaba algo más que ejercicio. Era más rápido que andar, si no lograba una combinación buena de medios de transporte.

Después de un viaje tranquilo de una media hora, el conductor tomó un desvío. Pudo ver algunas casas y al final del todo del camino, una alta valla y una cancela de hierro. El taxista se detuvo, así que supuso que aquella era la casa de los Lyon.

Le tendió su tarjeta al taxista y este cobró, luego se apresuró a salir para sacar las maletas. El hombre no se demoró en poner de nuevo el coche en marcha y Claudia quedó sola frente a la verja junto a sus maletas.

Era un lugar tranquilo, solo se escuchaba el sonido de los pájaros. El muro que delimitaba los terrenos de la casa se extendían metros, debía de tener un jardín enorme.

La verja estaba cerrada, a través de ella podía ver un camino bordeado de árboles que llevaban a una mansión de aspecto antiguo. Claudia tragó saliva, le habían dado pocos datos sobre la familia, pero al parecer el señor Lyon era arquitecto, no se esperaba una casa que tuviese un diseño de varios siglos atrás. Tampoco se la esperaba tan grande, clásica y con un aspecto tan serio.

Le dijeron que era una casa familiar amplia. Se imaginaba una casa con un amplio jardín donde jugarían dos niñas de siete años. No una mansión que más parecía el escenario de un *thriller* psicológico que una casa familiar.

Tragó saliva mientras buscaba algún tipo de llamador. A la derecha, al principio del muro, había un llamador con cámara, demasiado moderno para tan barroca verja de hierro.

Se acordó de su amiga Natalia.

Si Natalia viera esto, se le ocurrirían mil razones para salir corriendo de aquí.

Llamó y oyó un pitido que era incómodo para los oídos. En seguida respondió una mujer. Claudia se presentó en inglés. No obtuvo respuesta, pero la puerta se abrió.

No venía nerviosa pero ya empiezan a temblarme las piernas.

Arrastró su maleta trolley y accedió al terreno privado, la puerta se cerró tras ella después de producir un incómodo chirrido. Claudia miró la mansión y tragó saliva.

Es como un hotel barroco de los de las revistas de viaje.

Y parecía estar desierto. Se detuvo sin atreverse a avanzar en el camino que llevaba hasta la casa. En el centro había una fuente que abría el camino en dos, supuso que para que los coches que entraban no se chocaran con los que salían. El jardín parecía cuidado, sin embargo le sorprendió no ver ningún elemento infantil. Los niños con jardín solían tener saltadores, casas de madera, un columpio, algún ele-

mento para jugar. A lo que le alcanzaba a ver la vista, aquella casa parecía el escenario de una película, todo en su lugar, en una combinación perfecta de verde y algunas flores rosas y rojas.

Al no notar personal ni movimiento que saliera a recibirla, supuso que tendría que avanzar sola hasta la casa. Y eso hizo, solo las ruedas de su maleta rompían el silencio.

Llegó hasta la casa. Miró de reojo a su izquierda. Bajo un techo de madera habían aparcados tres coches, uno negro largo, uno gris plata más deportivo y un todo terreno verde oscuro metalizado. Los tres de alta gama, impecables, sin una mota de polvo en las carrocerías, como si no estuviesen en medio del campo.

Claudia buscó cerca de la puerta algún otro llamador. Nadie había salido a recibirla.

Al final va a ser verdad que son unos raros.

Se miró a sí misma, llevaba una levita de tela vaquera, unos jeans y unas deportivas blancas.

Un vestido vintage, un pañuelo y unas gafas de sol enormes me hubiese puesto si supiera cómo era esta casa.

Tuvo que contener la risa antes de llamar. No tardaron en abrir la puerta. Una señora con un uniforme oscuro la miró de arriba a bajo.

—¿Vienes de la agencia? —le preguntó sin mediar más palabra.

Claudia asintió alzando las cejas.

Hospitalidad británica.

—Pasa —la invitó con cara inexpresiva.

Claudia entró sin mediar palabra. Si tenía preparada alguna presentación, se le había olvidado por completo. Trató de no ser mal educada y puso empeño en no parecer sorprendida por el interior de aquella mansión. Realmente el decorado interior era tan extrañamente peculiar y clásico como su exterior, como si cada mueble, cada detalle hubiese sido comprado en un anticuario.

La suela de goma de sus zapatos chirriaron en el suelo. La mujer en seguida dirigió su mirada hacia ellos. Claudia se mordió el labio inferior con vergüenza.

Sin hacer comentario, la mujer alzó sus ojos hacia ella.

—Mi nombre es Gilda y soy la gobernanta de la casa Lyon.

Gilda llevaba su pelo canoso en un recogido bajo, con su uniforme clásico negro y su cara inexpresiva, le recordó al ama de llaves de la película preferida de su abuela, *Rebeca*.

Tragó saliva antes de presentarse.

—Soy la au pair, Claudia.

La mujer asintió.

—Gary, lleva la maleta de la señorita a su dormitorio —dijo mujer sin dejar de mirarla, sin embargo era evidente que no se dirigía a ella.

De una puerta salió un hombre de unos cincuenta años y cogió la maleta de Claudia. La joven dudaba cómo aquel hombre se había enterado de la orden si la mujer apenas había alzado la voz.

—Sígueme, las niñas están deseosas de conocerte —le decía la mujer caminando hacia un gran salón—. Mientras, avisaré al señor de tu llegada, no sé si podrá recibirte. Luego te enseñaré la casa —la mujer lanzó media sonrisa—. Espero que tengas buena memoria, las otras solían perderse con frecuencia.

Las suelas de Claudia volvieron a chirriar en el suelo y Gilda volvió a dirigir sus ojos hacia los zapatos de la joven.

—Sería conveniente que antes de ver al señor te cambiaras de zapatos —le dijo en un tono sereno pero firme.

Claudia frunció el ceño.

Solo traigo deportivas similares a esta. No sé cuál de ellas será peor para recibir al señor.

—Aquí está el salón principal, normalmente está cerrado y solo se utiliza para las visitas. Las niñas tienen prohibi-

do entrar —le advirtió la mujer—. Ellas suelen utilizar el otro y la buhardilla, que es su cuarto de juegos.

Claudia asintió. Siguió a Gilda escaleras arriba.

—Los empleados dormimos en la parte trasera, pero las niñeras duermen en un dormitorio contiguo al de las niñas.

Llegaron a la segunda planta. Un pasillo largo lleno de puertas, todas cerradas, lo que daba un aspecto algo sombrío.

A un lado había un espejo de ornamentado marco dorado. Un espejo impoluto donde Claudia pudo verse el pelo algo encrespado por la humedad. Y su tez se veía tan blanquecina como la de la británica Gilda, quizás por el mal rollo que le estaba dando la enorme y clásica casa y la inexpresiva mujer.

Gilda abrió una gran puerta doble de madera caoba. Una gran habitación de amplios ventanales donde al menos entraba la tenue luz natural que permitía un cielo encapotado, cortinas claras y paredes en tono rosa nude.

Había dos camas enormes con cabeceros blancos y colchas rosa.

—Este es el cuarto de las niñas —le explicó— y ellas deberían estar aquí a esta hora. Acaban de llegar del colegio.

Gilda entró en la habitación y la atravesó hasta otra puerta, también la abrió. Claudia pudo comprobar que era el cuarto de baño.

—Michelle —la oyó llamar con la misma voz con la que llamó al mayordomo abajo, sin elevar la voz— Mary Kate.

Claudia vio a Gilda fruncir el ceño. La mujer se dirigió hacia otra puerta y la abrió.

—¿Qué hacéis ahí? —la oyó decir mientras Gilda accedía a la otra habitación.

Claudia se acercó para ver dónde había accedido Gilda. Había otro dormitorio anexo al de las niñas.

—Pasa —la invitó Gilda.

Claudia atravesó la puerta blanca. Era una habitación más pequeña que la de las niñas. Con una cama amplia, un

gran ventanal y una mesa de estudio. Junto a una mesa redonda y tres sillones que había junto a la ventana, había dos niñas con uniforme gris. Eran rubias y tenían el pelo a la altura de los hombros. Llevaban el pelo suelto con una pequeña trenza formado una diadema. A uno de los lados, el derecho, llevaban un lazo. Tenían la tez clara, los ojos azules y la miraban con atención.

Claudia les sonrió. Eran exactamente iguales, tardaría días antes de diferenciarlas.

—Ella es Michelle y ella Mary Kate —le dijo Gilda—. Y esta es tu habitación, Claudia.

Las niñas no pronunciaron palabra. La observaban con atención, sus zapatos, sus pantalones, su levita. A Claudia nunca se le habían dado bien los niños, de hecho, ella era la hermana pequeña con lo cual no tenía experiencia en cuidado de menores.

Gilda se alejó silenciosa hasta la puerta.

—Tienes la maleta junto al armario, ese es el baño y esa es la puerta que te lleva al pasillo. Voy a avisar al señor de tu llegada —le dijo Gilda saliendo del cuarto y cerrando la puerta.

Claudia quedó sola con las niñas.

—Mi nombre es Claudia —les dijo en español.

Las niñas se miraron. Claudia dudó si la entendían, la mujer de la agencia le dijo que las niñas hablaban algo de español, pero ahora dudaba si la familia quería que les hablara en inglés, lo cuál sería algo complicado porque su inglés estaba muy oxidado, de hecho el idioma era la razón por la que se animó a ser au pair.

Las niñas seguían sin pronunciar palabra.

Claudia frunció el ceño.

—Soy la au pair —continuó y las niñas volvieron a mirarse.

Aquí nadie parece estar dispuesto a colaborar a que la incomodidad se me pase.